

## EL HOMBRE, LA SOCIEDAD Y LA CONSECUCCIÓN DEL BIEN SUPREMO

### Una reflexión en tiempos de crisis

El hombre actual vive una paradoja... Vive la tensión entre el bien, que experimenta en los adelantos científicos y tecnológicos que han posibilitado y mejorado en gran medida el confort y calidad de vida, y el mal, que lo aguijonea especialmente en los tiempos donde la crisis económica, social, política y sanitaria parecen ganar terreno. El hombre contemporáneo se pregunta si no se encuentra cada vez más lejos de conseguir el progreso o felicidad que tanto busca. Cuanto más avanza, se enfrenta cada vez más a nuevos desafíos que empañan sus expectativas. ¿Será que el hombre no podrá alcanzar nunca la felicidad tan ansiada? ¿Es posible esa felicidad para el hombre o sólo se trata de una quimera o ensueño? ¿Cómo deslizar el velo mortecino que cubre lúgubremente las esperanzas de los hombres y mujeres de hoy, que día a día parecen sumergirse más y más en el desasosiego? ¿Se puede conciliar esta paradoja entre el bien y el mal que experimenta en su cotidiana existencia?

Se intentará, en esta reflexión, abordar el tema del deseo de bien y felicidad que el hombre experimenta en su interior, tratando de descifrar en qué consiste ese bien y cómo el hombre, ayudado por la sociedad, puede aún lanzarse a su conquista, aún en medio de las situaciones críticas de hoy. Por ello, se tomará, como lo exige este maravilloso marco de la semana tomista, al Doctor Angélico comparando su pensamiento con algunas ideas del filósofo argentino Ismael Quiles.

#### El *pondus naturae*, tendencia innata del hombre al bien

Ismael Quiles afirma que en el hombre se encuentra una tendencia natural, la llama *pondus naturae*<sup>1</sup>, y la define como el peso o inclinación de la naturaleza, el apetito innato que empuja, de manera irresistible, al ser, hacia su fin.

En primer lugar, es necesario aclarar que cuando se habla de fin, se habla, al mismo tiempo de bien, porque fin y bien se identifican. El hombre cuando quiere algo, lo quiere en función del bien o cierta perfección que descubre en eso, por lo tanto, al querer poseerlo, se convierte inevitablemente en fin. Por lo tanto, se podría decir, que el *pondus naturae* es la tendencia o apetito innato del hombre al bien: “*Ahí esta (...) esa fuerza misteriosa que, encamina nuestra voluntad hacia el bien, sólo al bien y a todo bien, hasta llegar al Sumo Bien, y que no descansa sino en el bien y en cuanto es bien. Jamás el mal en cuanto mal será abrazado por nuestra voluntad*”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cf. QUILES, Ismael. La Persona Humana. Depalma. Buenos Aires. 1978. Pág. 203.

<sup>2</sup> Ibidem. Pág. 204.

El Doctor Angélico ya habla de esta *tendencia innata* al afirmar que “*omnia enim appetunt assimilari Deo*”<sup>3</sup>, es decir, *todos los seres aspiran a asimilarse a Dios*; pero más concretamente, al preguntarse si todos los hombres desean la bienaventuranza. Con respecto a esto último dirá que “*...es necesario que todo hombre quiera la bienaventuranza. La razón común de la bienaventuranza es ser el bien perfecto. Ahora bien, como el objeto de la voluntad es el bien, el bien perfecto de alguien es lo que sacia totalmente su voluntad. Por eso, desear la bienaventuranza no es otra cosa que desear que se sacie la voluntad. Y esto lo desea cualquiera.*”<sup>4</sup>

Por lo tanto y, después de escuchar al aquinate, se puede afirmar y establecer este punto de contacto entre Quiles y Santo Tomás. Ambos hacen referencia al carácter connatural de la tendencia del hombre al bien.

### **¿En qué consiste el bien del hombre?**

El bien, es aquello que nos lleva al perfeccionamiento de nuestra naturaleza, es decir, a conseguir su fin último. El bien del hombre es la felicidad.<sup>5</sup> Pero, ¿Qué es la felicidad? No será otra cosa que “*la obtención estable y perpetua el bien totalmente perfecto, amable por sí mismo, que sacia todas las exigencias de la naturaleza humana y colma todos sus deseos*”<sup>6</sup>. Como se ve, las nociones de fin, bien y felicidad se relacionan directamente con la de perfección. *El hombre persigue el bien, su fin, que consiste en la felicidad, es decir, en la perfección de su naturaleza.*

Santo Tomás tratará sobre la naturaleza de este bien o bienaventuranza, y se preguntará en qué consiste. A continuación se citarán las preguntas y las respuestas correspondientes<sup>7</sup>: ¿Consiste la bienaventuranza del hombre en las riquezas? Santo Tomás contesta que es claro que la bienaventuranza del hombre no puede estar en las riquezas naturales, pues se las busca en orden a otra cosa; para sustentar la naturaleza del hombre y, por eso, no pueden ser el fin último del hombre, sino que se ordenan a él como a su fin. Por eso, en el orden de la naturaleza, todas las cosas están subordinadas al hombre y han sido hechas para el hombre, como dice el salmo 8,8: *Todo lo sometiste bajo sus pies*. Las riquezas artificiales, a su vez, sólo se buscan en función de las naturales. Por eso tienen mucha menos razón de último fin. Es imposible, por tanto, que la bienaventuranza, que es el fin último del hombre esté en las riquezas.

<sup>3</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, Suma Teológica. I-II c. 2 a. 4 ob. 1.

<sup>4</sup> Ibidem. I-II. c. 5 a.8.

<sup>5</sup> Cf. JOLIVET, Regis. Curso de Filosofía. Club de Lectores. Buenos Aires. 1960. Pág. 331-332.

<sup>6</sup> MAZZONI, María Cristina. Introducción a la Ética Fundamental. Universidad de FASTA. Buenos Aires. 1994. Pág. 67.

<sup>7</sup> Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. Ob. Cit. I-II c 2 a 1-8.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en los honores? Y afirma que es imposible que la bienaventuranza consista en el honor, pues se le tributa a alguien por motivo de la excelencia que éste posee, y así el honor es como signo o testimonio de la excelencia que hay en el honrado. Pero la excelencia del hombre se aprecia sobre todo en la bienaventuranza, que es el bien perfecto del hombre, y en sus partes, es decir, en aquellos bienes por los que se participa de la bienaventuranza. Por tanto, el honor puede acompañar a la bienaventuranza, pero ésta no puede consistir propiamente en el honor.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en la fama o gloria? Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en la fama o gloria humana, porque la perfección del bien humano, que llamamos bienaventuranza, no puede producirla el conocimiento humano, sino que éste procede de la bienaventuranza de alguien y es como causado por ella, sea incoada o perfecta. Hay que considerar también que el conocimiento humano se equivoca con frecuencia, sobre todo al juzgar los singulares contingentes, como son los actos humanos; y, por eso, la gloria humana es frecuentemente engañosa.

¿Consiste la bienaventuranza del hombre en el poder? Para Santo Tomás es imposible que la bienaventuranza consista en el poder, por dos razones. La primera, porque el poder tiene razón de principio, como se ve en V *Metaphys.*, mientras que la bienaventuranza la tiene de fin último. La segunda, porque el poder vale indistintamente para el bien y para el mal; en cambio, la bienaventuranza es el bien propio y perfecto del hombre. En consecuencia, puede haber algo de bienaventuranza en el ejercicio del poder, más propiamente que en el poder mismo, si se desempeña virtuosamente.

¿Consiste la bienaventuranza del hombre en algún bien del cuerpo? No, porque es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en los bienes del cuerpo, por dos razones. La primera, porque es imposible que el último fin de una cosa, que tiene otra como fin, sea su propia conservación en el ser. Ahora bien, el hombre ha sido entregado a su voluntad y razón para que lo gobiernen, lo mismo que se entrega una nave a su comandante, como dice Eclo 15,14: *Dios hizo al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su criterio*. Pero es claro que el hombre tiene un fin distinto de él mismo, pues el hombre no es el bien supremo. Por tanto, es imposible que el último fin de la razón y de la voluntad humanas sea la conservación del ser humano. La segunda, porque no se puede decir que el fin del hombre sea algún bien del cuerpo, aunque se conceda que el fin de la razón y de la voluntad humanas es la conservación del ser humano. Porque el ser del hombre consta de alma y de cuerpo y, aunque el ser del cuerpo depende del alma, el ser del alma no depende del cuerpo; además, el cuerpo existe por el alma, como la materia por la forma y los instrumentos por el

motor, para que con ellos realice sus acciones. Por tanto, todos los bienes del cuerpo se ordenan a los del alma como a su fin. En consecuencia, es imposible que la bienaventuranza, que es el fin último del hombre, consista en los bienes del cuerpo.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en el placer? A esto dirá que *las delectaciones corporales, por ser las que conoce más gente, acaparan el nombre de placeres*, como se dice en VII *Ethic.*, aunque hay delectaciones mejores. Pero tampoco en éstas consiste propiamente la bienaventuranza, porque en todas las cosas hay que distinguir lo que pertenece a su esencia y lo que es su accidente propio. Según esto, hay que considerar que toda delectación es un accidente propio que acompaña a la bienaventuranza o a alguna parte de ella, porque se siente delectación cuando se tiene un bien que es conveniente, sea este bien real, esperado o al menos recordado. Por lo tanto, es claro que ni siquiera la delectación que acompaña al bien perfecto es la esencia misma de la bienaventuranza, sino algo que la acompaña como accidente. Con todo, el placer corporal no puede acompañar, ni siquiera así, al bien perfecto, porque es consecuencia del bien que perciben los sentidos; pero el bien que pertenece al cuerpo y es percibido por los sentidos no puede ser un bien perfecto del hombre. La razón de esto es que, por superar el alma racional los límites de la materia corporal, la parte de ella que permanece desligada de órganos corpóreos tiene cierta infinitud respecto al cuerpo y a sus partes vinculadas al cuerpo. Y así, los sentidos, que son fuerzas corporales, conocen lo singular, que está determinado por la materia; mientras que el entendimiento, que es una fuerza desligada de la materia, conoce lo universal, lo que está abstraído de la materia y se extiende sobre infinitos singulares. Por consiguiente, es claro que el bien conveniente al cuerpo, que causa una delectación corporal al ser percibido por los sentidos, no es el bien perfecto del hombre, sino un bien mínimo comparado con el del alma. Por eso se dice en Sab 7,9: *Todo el oro, en comparación con la sabiduría, no es más que arena*. Así, pues, el placer corporal ni se identifica con la bienaventuranza ni es propiamente un accidente de ella.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en algún bien del alma? Tampoco puede serlo y esto lo explica Santo Tomás afirmando que se llama fin a dos cosas: a la cosa misma que deseamos alcanzar, y a su uso, consecución o posesión. Por tanto, si hablamos del fin último del hombre refiriéndonos a la cosa misma que deseamos como fin último, entonces es imposible que el fin último del hombre sea su misma alma o algo de ella; porque el alma, considerada en sí misma, es como existente en potencia, pues de ser sabia en potencia pasa a ser sabia en acto, y de ser virtuosa en potencia a serlo en acto. Pero es imposible que lo que en sí mismo es existente en potencia tenga razón de último fin, porque la potencia existe por el acto, como por su complemento. Por eso es imposible que el alma sea el último fin de sí

misma. De igual modo, tampoco puede serlo algo del alma, sea potencia, hábito o acto, porque el bien que es último fin es un bien perfecto que sacia el apetito. Pero el apetito humano, que es la voluntad, tiene como objeto el bien universal, y cualquier bien inherente al alma es un bien participado y, por consiguiente, particularizado. Por tanto, es imposible que alguno de ellos sea el fin último del hombre. Pero, si hablamos del fin último del hombre en el sentido de la consecución, posesión o uso de la cosa misma que se apetece como fin, entonces algo del hombre, por parte del alma, pertenece al último fin, porque el hombre consigue la bienaventuranza mediante el alma. Por tanto, la cosa misma que se desea como fin es aquello en lo que consiste la bienaventuranza y lo que hace al hombre bienaventurado. Pero se llama bienaventuranza a la consecución de esta cosa. Luego hay que decir que la bienaventuranza es algo del alma; pero aquello en lo que consiste la bienaventuranza es algo exterior al alma.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en algún bien creado? También es imposible que la bienaventuranza del hombre esté en algún bien creado. Porque la bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito, de lo contrario no sería fin último si aún quedara algo apetecible. Pero el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal. Por eso está claro que sólo el bien universal puede calmar la voluntad del hombre. Ahora bien, esto no se encuentra en algo creado.

¿En qué consiste, entonces el fin último o el supremo bien? “No consiste en otra cosa sino en la felicidad. Pero ¿Cuál de todos los bienes que el hombre desea es el que le confiere la felicidad que busca? El fin último debe tener cuatro características esenciales, a saber: que sea absoluto, es decir último y querido por sí mismo; que excluya todo mal; que sea estable y esté al alcance de todos.”<sup>8</sup> Santo Tomás también lo expone con algunas de esas características:

*“Pueden aducirse, cuatro razones generales para probar que la bienaventuranza no puede consistir en ninguno de los bienes que venimos hablando. La primera es que, por ser la bienaventuranza el bien sumo del hombre, no es compatible con algún mal; y todos esos bienes los encontramos tanto en los buenos como en los malos. La segunda es que, por ser propio de la bienaventuranza el ser suficiente por sí misma, es de rigor que, una vez alcanzada, no le falte al hombre ningún bien necesario. Pero, después de lograr cada uno de esos bienes, pueden faltarle al hombre otros muchos necesarios, como la sabiduría, la salud del cuerpo, etc. La tercera es que la bienaventuranza no puede ocasionar a nadie ningún mal, porque es un bien perfecto; pero esto no sucede con los bienes citados, pues se dice en Ecle 5,12 que las riquezas se guardan para el mal de su dueño, y lo mismo ocurre con los otros tres. La cuarta es que el hombre se ordena a la bienaventuranza por principios internos, pues se ordena a ella por naturaleza; pero esos cuatro proceden de causas externas y, con*

---

<sup>8</sup> Cf. JOLIVET, Regis. Ob. Cit. Pág. 333.

*frecuencia, de la fortuna, de ahí que se les llame también bienes de fortuna. Por tanto, de ningún modo puede consistir la bienaventuranza en ellos.”*<sup>9</sup>

Por lo tanto, después de haber recorrido las preguntas y respuestas de Santo Tomás y teniendo en cuenta las características, expuestas arriba, del supremo bien, se ha de concluir en que:

*“Sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como se dice en Sal 102,5: El que colma de bienes tu deseo. Luego la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo.”*<sup>10</sup> Por lo tanto, *“la bienaventuranza última y perfecta sólo puede estar en la visión de la esencia divina. La perfección de cualquier potencia se aprecia según la razón de su objeto. Pero el objeto del entendimiento es lo que es, es decir, la esencia de la cosa, como se dice en III De anima. Así, pues, se requiere, para una bienaventuranza perfecta, que el entendimiento alcance la esencia misma de la causa primera. Y así tendrá su perfección mediante una unión con Dios como con su objeto, en lo único en que consiste la bienaventuranza del hombre...”*<sup>11</sup>

Para Quiles, la naturaleza del fin último, es la misma que para Santo Tomás, *“Este fin, será Dios mismo...”*<sup>12</sup> También lo expresa, aunque en otro contexto al hablar del carácter de ser contingente que posee el hombre. Un ser contingente, es *“...el que puede existir y puede no existir, o el que lo mismo puede existir que no existir. Su esencia, por lo tanto, no exige el existir, aunque tampoco se opone a ello. Puedo concebir su esencia como existente y no existente”*.<sup>13</sup> El ser contingente no existe *por sí, no es por sí, sino en virtud de otro, “no pueden llegar a la perfección o al acto de la existencia por sí mismas”*.<sup>14</sup> Y al poseer conciencia, sabe de sus dos orientaciones presentes en él y esto es lo que hace que estallen todas sus consecuencias, ya que está en sus manos el orientar su vida hacia la perfección del ser o la degradación del no-ser. *“Será tanto más perfecto, cuando más se acerque a la perfección infinita de Dios; y tanto más imperfecto, cuanto más se aleje de la perfección divina. Se acercará más a Dios, cuanto más se parezca en su ser a Dios, cuanto su mente y su voluntad participen de Dios y entren en íntima comunicación con él por el conocimiento y el amor; y tanto más se alejará, cuanto menos participe de Dios con su inteligencia y su voluntad”*.<sup>15</sup> Para Quiles, el bien y el fin al cual tiende el hombre naturalmente será, pues, el ser, tomar la dirección del ser, esto es la posesión de Dios, la participación y la comunicación íntima con él por el conocimiento y el amor. *“Sin Dios el hombre no sabe donde ir ni tampoco logra entender quién es.”*<sup>16</sup>

<sup>9</sup> SANTO TOMAS DE AQUINO. Ob. Cit. I-II c. 2 a. 4.

<sup>10</sup> Ibidem. I-II c. 2 a. 8.

<sup>11</sup> Ibidem. I-II c. 3 a.8.

<sup>12</sup> QUILES, Ismael. Ob. Cit. Pág. 294.

<sup>13</sup> Ibidem Pág. 138.

<sup>14</sup> Ibidem Pág. 139.

<sup>15</sup> Ibidem Pág. 143.

<sup>16</sup> BENEDICTO XVI. *Caritas in Veritas*. n. 78.

### El papel de la sociedad en la consecución del fin último del hombre

¿Puede el hombre solo llegar a la consecución de su fin? ¿Cómo llegar a la consecución de la felicidad en medio de las crisis que experimenta? Aquí aparece el papel de la sociedad. Para Santo Tomás la compañía de amigos, de la sociedad, se podría decir, es importante para la obtención del bien, “*porque el hombre para obrar bien necesita de la cooperación de los amigos*”<sup>17</sup>.

Para Quiles, también es indispensable la colaboración de la sociedad para que el hombre en cuanto individuo pueda alcanzar su felicidad. Y esto se debe a que lo social en el hombre es parte *esencial de su naturaleza*. “*El ser del hombre es coexistir*”.<sup>18</sup> La sociedad es considerada por él como una “*convivencia de varios seres inteligentes y libres, que juntos cooperan de una manera estable a la consecución de un bien común que consiste en la perfección e intercomunicación entre ellos*”<sup>19</sup>. Para que el hombre pueda encontrar su propio realización necesita de la amistad, del amor; de lo contrario experimenta un vacío que lo llevará a la pérdida de sentido. La vida social debe ayudar a los hombres a ser felices y plenamente humanos.<sup>20</sup> El fundamento metafísico de lo social en el hombre se encuentra en la *intersubjetividad*. Ésta, le ayuda al hombre a descubrir al otro como un *tu, otro yo* tan necesitado de los social como yo. Y, junto al *yo* y al *tú*, se descubre el *Tú absoluto*: la necesidad esencial del hombre de su intercomunicación con Dios.

“*Cuanto la sociedad más perfectamente cumple su fin esencial de llevar a los individuos hacia su fin último (...) más crece en la dirección del ser, participando en la infinita perfección del orden divino. En cambio una sociedad que no ha sabido hallar la síntesis individual y social de la persona humana camina en la dirección del no-ser, de su desintegración y aniquilamiento*”.<sup>21</sup> “*El hombre busca en la sociedad algo más profundo. Es que sólo descubre el sentido de su vida, sólo se descubre y se logra a sí mismo, en la intercomunicación con las demás personas, por la simpatía, por el amor, que hace verdaderos socios en el ser, siendo juntamente*”.<sup>22</sup>

El hombre busca el bien, aún en medio de las situaciones críticas en que vive. Pero, si bien es una sustancia individual, como diría Boecio, no está solo, se encuentra existiendo en medio de otras sustancias individuales, que persiguen su mismo fin. ¿Por qué no ayudarse? ¿Por qué no complementarse en la búsqueda común de ese bien, de ese fin? En la sociedad el hombre encuentra *solidaridad*, que es en primer lugar, *que todos se sientan responsables de*

<sup>17</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO. Ob. Cit. I-II c.4 a. 8.

<sup>18</sup> Cf. POLO, L. “Presente y Futuro del hombre”. Rialp. Madrid. 1993. Pág. 157.

<sup>19</sup> QUILES, Ismael. Ob. Cit. Pág. 393.

<sup>20</sup> Cf. YEPES, S. Ricardo – ARANGUREN, E. Javier. “Fundamentos de Antropología”. EUNSA. Navarra. 1998. Pág. 182.

<sup>21</sup> QUILES, Ismael. Ob. Cit. Pág. 213.

<sup>22</sup> Ibidem Pág. 392. Nota 8

*todos*.<sup>23</sup> De esta manera el hombre comenzará a encontrar solución a los demás problemas y, así poder alcanzar su felicidad. Es lo que el Santo Padre Benedicto XVI, en su encíclica, advierte en los tiempos actuales, la “*urgente necesidad moral de una renovada solidaridad*”<sup>24</sup>, ya que “*creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social*”.<sup>25</sup> El papel de la sociedad es indispensable para el hombre. Si éste tiene como fin el bien y la felicidad, aquella tenderá a lo mismo, ya que la sociedad está compuesta de personas. La sociedad, esto es, todos y cada uno de los que forman parte de ella, debe asegurar los medios necesarios para que cada miembro de la familia humana pueda alcanzar su perfección y su felicidad.

No considerar la naturaleza objetiva del supremo bien del hombre, que es Dios, perder de vista el norte al cual la naturaleza humana apunta, cual brújula para el navegante, olvidar la *solidaridad teleológica* que tiene la sociedad, es internarse en la niebla de la noche oscura y cerrada, es hacer crisis en su recorrido por el mar de la vida. Y hoy el hombre experimenta esa perplejidad. La crisis del hombre actual se debe, entre otras cosas, a que se ha desorientado, a que ha perdido el horizonte y la dirección a la que su naturaleza le apunta, empuja y atrae. Sumándole, además, la peligrosa idea de que no necesita de nadie, de que puede absolutamente solo, acentuando así el individualismo más craso y dañino.

La vida del hombre se desarrollará siempre en medio de crisis, experimentará constantemente la presencia de situaciones que lo introducirán en la tormenta, pero apoyado en los demás, apoyado en sus hermanos y mirando incansablemente al faro, que es su Bien Supremo, podrá arribar a las playas de la felicidad, porque sabrá que ésta no se encuentra en bienes materiales y pasajeros, sino en la posesión de Dios que ilumina, alienta, sostiene y colma.

José Antonio Carrascosa Fuentes

---

<sup>23</sup>Cf. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*. n. 38.

<sup>24</sup>BENEDICTO XVI. Ob. Cit. n. 49.

<sup>25</sup>Ibidem. n. 34.